

# Versos del tipógrafo huraño

Por José Ossandón

Este escritor acaba de lanzar su libro. Cerca de cien poemas que desnudan a este hombre de 60 años que nació en Capitán Pastene y que cabalga día a día sobre los versos y las metáforas como un llanero solitario.



Yo escribo porque amo al prójimo, me duelen sus fracasos, sus tristezas, su soledad. Por ejemplo hoy lloré por los niños que murieron en el camino Mendoza-Chile. Soy una ventosa que atrapa las penurias y destapa los cajones de la ansiedad.

VITERBO

-**“Qué hacer con su ropa, con sus huesos/ con los labios que perdieron el aliento/ con la frente sin piel ni pensamiento/ del hombre que vivió y que fue preso.”** Desolación, angustia, muerte... tres conceptos que se meten en la mente en forma de clavos acero inoxidable. Tres palabras que conciben una imagen. **Una cría que se retuerce en mis entrañas. Un aire frío que me congela.**

-Cada palabra tiene su propia alma. Las palabras están arriba de la mesa, democráticamente esperando que alguien le dé buen uso. El problema es que hay gente que no sabe darle buen uso y al final crean poemas con imágenes demasiado reiterativos y con temas, al menos en el caso de los jóvenes, que no se desligan del subsuelo. De lo tenebroso.

-**En su poesía siempre aparece un ente. Repetitivo, misterioso... ¿Quién es Viterbo?**

-Es el alma de Antofagasta. Una ciudad extraña, con problemas de adaptación, moribunda y acomplejada. Se siente fea y se apropia de hitos que no le corresponden, como es el caso de La Portada. Ese portal natural no le pertenece a nadie, se pertenece a ella misma. Otro caso, las Ruinas de Huanchaca, un monumento histórico que sorprende por su estructura, por el cuento que tiene, pero que también sorprende por la suciedad, el olvido... S

go marchito.

Entonces conoció a su mujer. Ella, pilar indiscutible de su trayectoria como poeta, incita a que “este viejo dejado” dedique gran parte de su tiempo a escribir. “Elegía y regreso” (1966) y “El Herrero y sus noches” (1972) son sus publicaciones anteriores, además de sus intervenciones en revistas y antologías. Sus dos más importantes: “Visión de la poesía chilena” de la Road Apple, Review” -Nueva York, 1971- y “Juntémonos en Chile”.

-**Duele la poesía...**

-Sí. Yo soy un ser muy sensible. El dolor sensibiliza los sentidos. Veo imágenes que otras personas no logran percibir.

-**¿Cuándo su alma quedó en carne viva?**

-Desde niño. Yo no soy poeta porque quiera serlo,

soy poeta porque algo me empuja a escribir, a plasmar íconos que de alguna forma retraten la conciencia inconciente.

-**¿“Hay mala poesía rondando por allí”, como dice Francisco Vitale?**

-Sí. Debe haber un par de personas que con trabajo pueden llegar a ser buenos poetas, pero en general...

-**Mucha gente cree que la poesía es escribir para abajo, con palabras difíciles; es más, cree que mientras más deforme la imagen, más poético es el resultado...**

-Es que ellos no leen. Sienten la poesía como si fuese un programa de televisión. Utilizan las metáforas como rollos de papel higiénico: usan y lanzan al water sin ningún miramiento. La poesía es amor.

A veces uno peca de soberbio y piensa que lo mejor viene en esta generación y que los poetas malditos de antes, hoy sólo son comida para las aves. Una agradable sorpresa me llevó al leer el libro de Miguel Morales Fuentes, “Los versos del tipógrafo huraño”. Acaba de lanzar este poemario en la Universidad Católica del Norte. Décadas de nutrición y de buen vestir, antes de materializar este proyecto que comenzó en 1972. Cambió sus ropas decenas de veces y pulió cada palabra hasta la saciedad. Y se nota, pues su trabajo es pulcro. Morales domina la técnica del poema (sí, porque el poema tiene una técnica, y no precisamente es dejar que las vocales y consonantes se lancen en picado para abajo o contar un cuento, una anécdota, cortándole los hilos como marioneta de papel). Ocupa los adjetivos adecuados y los sustantivos se pasean por las páginas con vida propia; no necesitan metáforas rebuscadas para que respiren.

Este escritor -que nació en Capitán Pastene, Novena Región- llegó a Antofagasta en 1971. Con una aguda depresión torciéndole el cuello, arranca de Santiago y pernocta en varias ciudades de Chile en búsqueda de un lugar donde vivir mejor. Hasta dar con nuestra ciudad, una zona retirada del ruido. Le agradó. A tal punto que se casó acá y tuvo dos hijas que ama por sobre todo. La depre desapareció y las ganas de vivir brotaron de sus poros como un manantial de agua salada. Para comer y tener un techo digno, tuvo que titularse de maestro chasquilla: pintor de brocha gorda, gásfiter, junior y comerciante fueron algunos de los oficios que él hizo propios, generando el dinero justo para calmar los bramidos de su estóma-